

Los pasos del solitario

(Dos cursos sobre Ramón J. Sender en su Centenario)



Editores

JOSÉ-CARLOS MAINER - JAVIER DELGADO

JOSÉ M.º ENGUITA



Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)

Excma. Diputación de Zaragoza

ZARAGOZA, 2004

ÍNDICE

José-Carlos MAINER, Prólogo	5
-----------------------------------	---

LOS PASOS DEL SOLITARIO. VII CURSO SOBRE LENGUA Y LITERATURA EN ARAGÓN

Jon JUARISTI, Los <i>Caprichos</i> de Sender: magia y poder en <i>Las criaturas saturnianas</i> (1968)	11
Jean-Pierre RESSOT, Violencia e historia en <i>Imán</i>	23
Patricia McDERMOTT, Cómo se hace una novela... relativamente: el arte de narrar en <i>Réquiem por un campesino español</i> y <i>Los cinco libros de Ariadna</i>	47
Donatella PINI, <i>El lugar de un hombre</i> : el suicidio, la muerte y la violencia	65
José Luis CALVO CARILLA, En torno a <i>La esfera</i> (temas y técnicas expresionistas en el Sender de posguerra)	83
María Ángeles NAVAL, La memoria como pretexto en Sender: sobre responsabilidad verdadera y moral privada	117
Juan Carlos ARA TORRALBA, Sender en sílabas contadas	133
Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, Historia en la novela: la cultura política republicana en R. J. Sender (1931-1936)	153

UN EPISTOLARIO

José-Carlos MAINER, Para la historia cordial del exilio (correspondencia entre R. J. Sender y J. M. Blecua, 1947-1954)	175
---	-----

LOS OJOS DE SENDER.
ESCRITORES ARAGONESES HABLAN DE SENDER

Javier DELGADO, Ojos para leer	207
José María CONGET, Un ejercicio de memoria: Ramón José Sender	213
Mariano GISTAÍN, Leyendo a Sender	219
Ángela LABORDETA, Historia familiar y literatura	227
Rosendo TELLO, La poesía de Sender: un centro en rotación	239
Félix ROMEO, La J de Sender	255

PRÓLOGO

Los años de transición entre los siglos XX y XXI han traído la celebración de un montón de centenarios aragoneses. Celebramos en 1996 los doscientos cincuenta años del nacimiento de Goya y en 1998 el segundo centenario de la muerte del Conde de Aranda; trajo el año 2000 la memoria de los primeros cien años de Luis Buñuel y, el 2001, el recuerdo del tercer y primer centenario, respectivamente, de los nacimientos de Baltasar Gracián y de Ramón J. Sender, sin duda las más altas contribuciones de Aragón a la historia de la literatura española. Y ahora mismo, el año 2002 sirve para recordar el sesquicentenario de la llegada al mundo de Santiago Ramón y Cajal.

Gusta decir, y con razón, Guillermo Fatás que tales cosas han de recordarnos a los aragoneses que hemos sido históricamente pocos, pero nunca poco. Pero yo prefiero parar la atención en un nexo común que, sin duda, es hijo del azar y no debe nada a la territorialidad. Y es que, si algo enlaza todos esos destinos personales que estamos celebrando, es un feroz sentido de lo individual que, por un lado, se constituye a través de la tenacidad y, por otro, no teme la pelea a contrapelo o la arbitrariedad incluso. ¡Ojalá que las virtudes de los individuos pudieran contagiarse a las comunidades y que esa independencia fuera una virtud regional más extendida! Pero además, todas esas vidas y obras que consideramos son hijas de la libertad: sin ella, o sin la obstinación por alcanzarla, no se entenderían. Gracián fue un hombre cauto pero libre, aunque hubiera de escribir a nombre de su hermano sus obras principales, aunque arriesgara los castigos de sus superiores e incluso aunque hubiera de publicar *El comulgatorio* como prenda de ortodoxia frente a los recelos. Goya fue un pintor de cámara y, pese a lo que se cree a menudo, tampoco fue un radical en convicciones o en comportamientos. Rindió parias a las convenciones de su época pero también reflejó —como nadie de su tiempo, si no son Mozart, Goethe y Diderot— la necesidad de la Razón... y los horrores de la Razón. Aranda no fue el defensor de las Luces que exaltó Voltaire. Fue un militar exigente, un noble muy orgulloso de serlo y un reformador de heroica perseverancia; creyó en libertades forales, más que individuales —lo han señalado con sagacidad el llorado Ernest Lluch y María Dolores Albiac— y supo actuar en función de futuro más que ningún otro político de su tiempo. Ramón y Cajal se liberó

de trabas y exigencias familiares por el difícil procedimiento de aceptarlas y superarlas. Cuando fue un científico, tampoco aceptó las concepciones dominantes en la histología de su tiempo. Y cuando fue un octogenario no vaciló en rebelarse contra un arte y unas pautas de vida que se basaban en la irracionalidad y el capricho; fue obstinadamente fiel a una concepción del mundo rigurosamente agnóstica, enormemente exigente y fundamentalmente liberal.

De Sender y Buñuel, los más contemporáneos de los citados, no se pueden trazar dos vidas paralelas, por muy tentador que parezca. Pero hay algún cruce cautivador... Nacieron ambos en familias de clase media cultivada (de un modesto pasar en el caso de Sender; francamente acaudalada en el de Buñuel), en dos comarcas aragonesas de fuerte personalidad: el Bajo Aragón y la comarca del Bajo Cinca. Y fueron muy fieles siempre a sus recuerdos de infancia. Buñuel dijo haber conocido un mundo medieval en la Calanda de su niñez; Sender fantaseó a su sabor sobre las ruinas del taustano castillo de Sancho Abarca, en las páginas de la primera *Crónica del alba*. La juventud de ambos, sin embargo, se pareció poco: la de Buñuel se remite al ambiente entre refinado y transgresor de la Residencia de Estudiantes madrileña (con escapadas a Pombo y a las verbenas populares) y la de Sender nos evoca más bien el aire espeso de las redacciones de los periódicos, la fiebre discutidora del Ateneo y las reuniones clandestinas de la CNT (con alguna visita a la tertulia de Valle-Inclán y alguna otra a la cárcel de Carabanchel). Uno tuvo en París la revelación del cinematógrafo y del surrealismo; al otro le alcanzó en Madrid la estética narrativa del expresionismo y un sarampión (duradero) de literatura rusa y soviética. Ambos vivieron la guerra civil y el exilio. Buñuel tuvo una experiencia fugaz de Estados Unidos y quizá fue quien proporcionó al Sender de 1943, recién llegado allí, la posibilidad de trabajar para la Metro Goldwyn Mayer. Sender acabó su vida en Estados Unidos, de donde casi no salió, más o menos hecho a un país cómodo y que respeta exquisitamente la vida individual. Buñuel vivió y concluyó sus días en una capital, Ciudad de México, que aborrecía cordialmente y procuró escaparse siempre que podía a París, Madrid o Calanda. Sus obras son muy distintas pero quizá tengan, como he apuntado, algunas cosas en común: ambos crearon personajes masculinos obsesionados por sus recuerdos y sus instintos y concibieron personajes femeninos de perversa ambigüedad moral y erótica. Y les obsesionó grandemente el mundo de las postrimerías y el dudoso porvenir de una humanidad de la que tenían muy pobre opinión. Cuando murieron se hablaba mucho de ellos en una España un poco frívola que acababa de estrenar la libertad y se afanaba en el trasiego de lo que dio en llamarse «señas de identidad». Lo que es indiscutible es que uno y otro, Buñuel y Sender, son

dos referencias de primerísima magnitud en la aportación cultural española al siglo XX universal.

Todo centenario, si se quiere que sea algo más que una cita de supersticiones insinceras, ha de ser una convocatoria de lecturas vivas y una ocasión de revisar nuestras ideas preconcebidas. Cuando Javier Callizo, Consejero de Cultura del Gobierno de Aragón, me hizo el honor de designarme Comisario de la celebración del Centenario de Sender (¡que feo nombre ese de comisario, al menos para la gente de mi edad!), quise tener muy presentes ambas cosas. No hay recuerdo que valga si es simple autocomplacencia y no hay relectura provechosa si no es nueva lectura, entre las muchas posibles. Los años y los estudiosos habían ido sacando a la luz la fuerza del Sender comprometido, la hermosa fidelidad a sus paisajes natales (y a esa elaboración de muy distintos sentimientos que simplificamos al llamar «regionalismo» o «nacionalismo») y la naturaleza de los conflictos morales y metafísicos que vertebran su obra. Quizá faltaba un Sender más intransitivo y más íntimo, menos ideológico o metafísico y más psicológico. En 1995 un memorable congreso sobre *El lugar de Sender*, convocado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses, a instancias de los miembros del «Proyecto Sender», hizo todo algo más fácil: se sabía quiénes podían hacer muy bien las cosas. Y en 2001 ya no fue cuestión sino de preguntar, convencer y coordinar.

De este año senderiano permanecerán muchas cosas. De entrada, un buen número de publicaciones que llevan el sello del Instituto de Estudios Altoaragoneses en su mayor parte, y entre ellas, un nuevo Congreso internacional, *Sender y su tiempo: crónica de un siglo*. Los periódicos y las revistas aragonesas (recordemos, sobre todo, a *Trébede* y *Turia*) dedicaron monografías extensas a la vida y obra del escritor. Y hubo —en Zaragoza, Madrid y Huesca— una exposición (y su hermoso catálogo) que se llamó *Cartografía de una soledad: el mundo de Ramón J. Sender* porque parecía que ese atributo era el rasgo principal de la vida del escritor. Los centros de enseñanza secundaria en Aragón, varias ciudades españolas y algunos Institutos Cervantes en el extranjero recibieron conferenciantes que hablaron de Sender a públicos tan diversos como interesados.

Como todos los santos han de tener su octava, algún tiempo después de acabados los fastos de 2001, comparecen en estas páginas que siguen las actas de dos ciclos que fueron parte fundamental de la celebración: el *VII Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón*, organizado por la Institución «Fernando el Católico» bajo mi dirección y con la eficaz secretaría de José María Enguita, y el ciclo *Los ojos de Sender*, organizado por la Consejería de Cultura del Gobierno de Aragón, que acogió la sala de una estupenda librería —la sucursal zaragozana de FNAC— y donde, bajo la sabia coordina-